

JUAN LINZ Y NOSOTROS

JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO (1)

Cuando escribí la presentación a las *Obras Escogidas* de Juan Linz (2), cuyos siete volúmenes publicamos en el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales entre 2008 y 2013, se me ocurrió comenzar parafraseando a Alonso Martínez en su propia presentación del Código Civil de 1889: «por halago de la fortuna», dije, me había tocado aquella misión, como al político liberal le tocó firmar una empresa jurídico-política de trascendental importancia para el país y que llevaba casi un siglo gestándose. La comparación era desmesurada e inmodesta por mi parte. Pero es cierto que aquel ministro de Justicia, por mucho mérito personal que pudiera tener en el impulso final a la empresa codificadora, no había hecho sino culminar el empeño de varias generaciones de estadistas que pretendían homogeneizar el sistema legal español y modernizar el Estado. Por mi parte, si me permiten continuar este extravagante paralelismo, también tenía la sensación de no actuar en nombre propio, sino el de toda una generación universitaria que pagaba con esta edición una pequeña parte de la deuda que desde hacía décadas tenía contraída con Linz.

Juan Linz fue, desde su infancia misma, un caso excepcional por el hecho de haber nacido en Alemania y llegado de niño a España, lo que le hizo tener una doble cultura y un conocimiento de lenguas poco habitual en este

(1) Catedrático Emérito de Historia del Pensamiento Político en la Universidad Complutense de Madrid.

(2) José ÁLVAREZ JUNCO, «Presentación», en Juan J. Linz, *Obras Escogidas*, volumen 1, *Fascismo: perspectivas históricas y comparadas*, editadas por José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008), p. XIII.

país. Pero su formación posterior, bajo el franquismo, no fue tan distinta a la del resto de su generación e incluso a la de otros que le seguimos no mucho más tarde: hizo el bachillerato en el Instituto Ramiro de Maeztu y luego Derecho y la nueva carrera de Políticas y Económicas en la entonces llamada Universidad Central, todo ello en Madrid. Pero incluso en aquella España de los cuarenta y cincuenta había rendijas, y el mérito de Juan consistió en saber aprovecharlas. Conforme al viejo ideal ilustrado, él no se resignaba a no saber; quería saber, y para ello intentaba por todos los medios estar en contacto con lo que se debatía en Europa. Se acogió, como tantas veces se ha repetido, al nicho del Instituto de Estudios Políticos bajo Francisco Javier Conde, donde tuvo como compañeros a Manuel de Terán, Enrique Tierno Galván, Nicolás Ramiro, Enrique Gómez Arboleya, Luis Díez del Corral o José Antonio Maravall. Muchos de ellos provenían del falangismo, pero de ningún modo cultivaban las actitudes machistas, viscerales o patrioterías propias de los fascismos, sino que querían exactamente lo contrario: recuperar la tradición ilustrada. Como todo este grupo, Juan leyó por entonces a los padres fundadores de las ciencias sociales y políticas: a Auguste Comte, Vilfredo Pareto, Georg Simmel, Max Weber, Thorstein Veblen, Hans Kelsen, Hermann Heller.

Pero lo que le distinguió del resto es que salió de España; y no para un viaje turístico. Marchó a Estados Unidos en la temprana fecha de 1950 con una beca de solo nueve meses que le consiguió Conde. Ese tiempo fue suficiente para ganarse en Columbia tal prestigio que la propia universidad le financió la terminación de su doctorado, con lo que pasó en aquel país la casi totalidad de la década de los cincuenta. Allí, en el Departamento de Sociología, se encontró con Robert K. Merton y Paul F. Lazarsfeld, pero sobre todo con Seymour M. Lipset, que le dirigió la tesis. Cuando, varias décadas más tarde, tuve ocasión de invitar al anciano Lipset al Iberian Study Group de la Universidad de Harvard, no solo aceptó venir sino que me recordó con orgullo que él había sido el protector de Linz y el director de su tesis. Hay algunos que ponemos en nuestro currículum a los maestros con los que hemos estudiado. Hay otros que ven incorporado su nombre al currículum de sus maestros, que alardean de haber tenido tan brillantes discípulos.

Los temas alrededor de los que Linz trabajó toda su vida serán, sin duda, analizados por otros colaboradores de este homenaje. Son todos ellos cruciales para la vida política contemporánea, pero déjenme simplemente observar que todos son de especial relevancia para España: fascismos, nacionalismos, totalitarismos, democracias (definición, estabilidad, quiebra, transiciones), élites políticas (especialmente españolas, desde la Restauración hasta la de-

mocracia, pasando por el franquismo), sistemas de partidos, empresariado, intelectuales, religión (y sus relaciones con la estructura social y política).

Tampoco dejarán de mencionarse en este homenaje las peculiaridades del método linziano: analítico, descriptivo, en términos de análisis histórico-comparativo; combinando variables estructurales, coyunturales e incluso individuales; siempre basado en una enorme cantidad de datos —a veces recogidos con encuestas formales y otras procedentes del enciclopédico saber que Juan acumulaba en su cabeza— y en una cuidadosa utilización de conceptos, a partir de los clásicos del pensamiento sociológico y político. Pero, sobre todo, su método es probabilístico y radicalmente alejado de cualquier tipo de determinismo o de causalidad rígida. Una vez más, la obsesión española es clave. Juan se pregunta, sobre todo, sobre el naufragio de la democracia española de los años treinta y no duda de que, como cualquier otro de los regímenes democráticos que se hundieron, la Segunda República no estaba ineluctablemente abocada al fracaso, sino que tuvo unas probabilidades razonables de sobrevivir y consolidarse.

Lo importante de esta metodología es que le da distancia, que le impide recurrir al tópico de los «caracteres nacionales» como clave explicativa. Con lo cual rompe con toda una tradición en la que él había sido educado —e incluso en la que nosotros lo fuimos, unos años después. Juan se distancia radicalmente de las explicaciones nacionalistas, basadas en la «forma de ser» colectiva, que tan en boga estaban en la España de los años cuarenta y cincuenta en la que él se formó. Todavía José Ortega y Gasset o Julián Marías, que pasaban por «sociólogos», pensaban en esos términos. Para él, en cambio, no existe ningún tipo de «excepcionalidad» española. Escribe obsesivamente sobre España, pero evita los estereotipos: en sus textos no están presentes el espíritu quijotesco, las obsesiones de Francisco de Goya, la genialidad y el fatal destino de Federico García Lorca, la milenaria inclinación fratricida que desembocó en la Guerra Civil, la herencia inquisitorial o la familiaridad con la muerte que se expresa en la fiesta de los toros. Los conceptos y variables que utiliza son la modernización, las identidades colectivas, la democracia, los fascismos, los procesos de *nation-building*... Y todo ello en términos comparados y generalizables.

Juan fue, en resumen, el modelo de intelectual que haríamos bien en intentar imitar. Su preocupación fue entender el mundo que tenía a su alrededor, que había vivido sobre todo en sus años infantiles y juveniles. Su objetivo, distinguir lo que es posible de lo que no lo es, lo que caracteriza a las sociedades estables, que en el mundo moderno se han regido por un sistema liberal democrático, y lo que lleva a otras al desastre. Su racionalidad, su modestia, su cautela, son lo más opuesto al modelo de intelectual energuménico

que en la España contemporánea inició un Miguel de Unamuno (excelente literato, por otra parte), que continuó, por ejemplo, un Camilo José Cela y que han prolongado hasta nuestros días —a un nivel muy inferior— un Francisco Umbral y otros aún activos a los que es mejor no mencionar. Siempre radicales, llamando la atención, emitiendo juicios contundentes, que superan a todos los demás por la derecha o por la izquierda, sin cuidarse de la coherencia personal ni del efecto dinamitador que sus palabras puedan tener sobre sus oyentes. Juan era exactamente lo opuesto a eso.

Porque otro rasgo que caracteriza su posición intelectual es la modestia. Pudiendo haberlo intentado, evitó sin embargo proponer un sistema teórico global. Rehuyó siempre la «gran teoría», los esquemas rígidos y en especial cualquier tipo de determinismo. Lo suyo eran las teorías «de alcance intermedio». Y siempre intentó superar las delimitaciones estrechas de los campos académicos. Fue sociólogo, politólogo e historiador. En ninguno de esos tres campos, sin embargo, se le reconoció en España ni se le ofreció una de aquellas «cátedras extraordinarias» que se crearon durante la Transición para atraerse a los intelectuales del exilio.

Y es que Juan, que no era bien visto por el régimen —demasiado racionalista, demasiado laico—, tampoco lo era por nosotros, los jóvenes anti-franquistas de los sesenta y setenta. Porque no estaba dispuesto a alimentar nuestra retórica revolucionaria. Porque nos aconsejaba pararnos a pensar y a leer antes de seguir con aquellos discursos inflamados. Nos recetaba racionalismo, cautela científica, moderación política. En cuántos sentidos pudo haber sido nuestro ejemplo y en cuántos sentidos puede seguir siéndolo todavía para los jóvenes de hoy.

Quiero, en fin, terminar repitiendo algo que también dije en aquella presentación: que nuestra generación, que tiene tantos motivos de queja sobre las carencias intelectuales en las que le tocó formarse, debería añadir y subrayar la desgracia de no haber conocido y apreciado en su momento la obra de Juan Linz. Cuánto tiempo habiéramos ganado de haber sido él el maestro que guiara nuestras lecturas.